

En la boca del boquerón



Ella, todo un personaje, había estado toda la tarde sentada en la butaca, en la habitación que en los últimos días, o puede que semanas pero seguro que no meses y ni pensar en años lo dijese quien fuera, venía reconociendo como su pequeño cuarto de estar de siempre; mirando cómo las formas de las nubes se iban modificando, inmóvil, despacito, sin demasiadas ganas de casi nada, blandas, floja, con como desmadeje, deshilachadas, para dejar de ser el mapa de algún país en el que nunca estuvo y convertirse, al caer en la cuenta con un golpetear sordo de pero qué estaba haciendo dejándose morir las primeras gotas de una lluvia gruesa, ahora tal vez en un dragón aunque sólo en el caso de que se fuese muy imaginativa, ahí, como una tonta, monstruoso, sobre el alféizar y, sacudiendo la cabeza, resolver moverse, perdiendo el tiempo, rugiente y amenazando, no con mucha decisión desde luego pero sí levantarse, por supuesto que nunca de un salto, pero sí moverse y obedecer, aunque fuese, no a ningún impulso o necesidad o convicción propia pero sí a algo que sintió dentro de sí como lo que tentada hubiese estado de, con su lengua de fuego, en el caso de no andar atenta a preservar lo que quién sabía para quién en medio de tanta confusión era tal vez un estilo que convenía cuidar prescindiendo de reiteraciones innecesarias, denominar voz interior arrasando, abrasando, reduciendo a cenizas todo cuanto encontrara... en su camino.

Punto.

Pero estaba atenta.

Punto.

Y se había acostumbrado, además, con el paso del tiempo y pese a que este se deslizaba siempre con pies de algodón para que no lo detectara, a no sucumbir a las tentaciones sabedora de que sus actos y sus palabras y sus gestos, aun cuando fueran acertados, pese a seleccionar las justas y pronunciarlas clara y cuidadosamente, incluso ejecutándolos de modo que resultasen precisos y adecuados, elegantes si la ocasión lo requería o rudos si la situación lo demandaba, estaban indefectiblemente expuestos a la

eventualidad de ser, con toda literalidad, borrados de un plumazo.

-Y tú no me engañas, que lo sepas.

No solía, así pues, precipitarse, jugando a veces sí mordisqueando el extremo del bolígrafo a darle esquinazo aunque sé, le decía, que estás ahí; y lo sé porque te veo aquí y aquí y aquí y en las comisuras de la boca y en el cuello, y te oigo, además, en las rodillas al crujir. Tomaba, eso sí, nota en su mente de los datos que consideraba relevantes, dispersos a veces, inconcretos e inconexos, en notas al margen o desperdigados en desorden por acá y por allá; y de rasgos trazados frecuentemente tan a la ligera que quién podía prever si iban a consolidarse y formar parte esencial de la personalidad idónea al entorno y las circunstancias que le tocase vivir a alguien o si, por el contrario, terminarían desestimados o suprimidos o, en el mejor de los casos, arrinconados como inservibles de momento pero quizá por qué no utilizables desde otro planteamiento que, a lo peor, no se le ocurriría jamás... a nadie.

-Y menos en este ambiente febril saturado de agüeros.

Posponiendo un día tras otro la engorrosa tarea de tomar partido.

Pero ella los almacenaba, por si acaso.

Sin decidirse nunca.

Bostezó y se excusó con el posible dragón, quizás, alegando que eso de imaginativa tan sólo era una suposición que a saber si de verdad había pasado por la mente de alguien o era visto cara a cara tan temible aunque fuese nada más como hipótesis con poco fundamento; o bostezó tan sólo sin haber recapitado ni por un momento que fuera esto o lo otro o sin, incluso, haberse percatado de que estuviese existiendo, tan distraída y pensando en sus cosas.

De cualquier modo se puso en pie.

Y se sabe que se acercó a la ventana para a la luz de la farola mirar el reloj, pequeño, de pulsera, en su muñeca de

trapo y cara de cartón piedra sonrosada y brillante guardada desde hacía mil años en una caja gris atada con un bramante si bien, como no dijo a nadie qué hora vio, se alberga una duda razonable al respecto y se sospecha únicamente que ya debía de haber caído por lo menos la tarde que a saber dónde estaría al cabo de tantas mudanzas.

¿Sentía pereza?

Cabe inferirse que sí puesto que era persona hogareña, en primer lugar; y en lugares posteriores pero sin tener que desvivirse por establecer un orden riguroso, porque no tenía costumbre de arreglarse tan tarde, y porque no sabía qué tenía que ponerse, y porque el único billete que tenía se le antojaba demasiado grande para el taxi y porque había olvidado además el nombre de aquel sujeto y, encima, no habían concretado nada como quien dice acerca de los niños.

Si es que habían llegado a hablar de los niños.

A lo mejor recordaba, si se ponía en situación y era capaz de concentrarse, haberlos mencionado, haber dicho aunque de pasada y atenta a otro quehacer los estoy acostando; y podría recordar también, ya encarrilada, haber instado a aquel tipo a espérame, que iré en seguida, ya sabes que me expreso mejor en persona que a través de este aparato y con las manos manchadas de harina, oliendo además a pescado.

Pues porque dijiste: unos salmonetes.

–Nos estamos liando.

Querías unos salmonetes para cenar.

Resultaba obvio que eran pequeños, que ya era algo.

No se decidía, sin embargo, a afirmar de manera rotunda nada en lo referente a cuántos. Y si es verdad que dio por hecho, de forma espontánea, que eran dos, no se podía descartar del todo la posibilidad de estarse equivocando. Y, además, tenía la absoluta certeza de ignorar si pertenecían al mismo sexo.

¿Podría proveerse de esta información en alguna parte?

Las personas medianamente metódicas o nada más un poquito razonables no se lanzan a la piscina así, a lo loco y a ver qué sale; basta un mínimo de sensatez para darse cuenta de que para que un proyecto llegue a buen fin es necesario estructurarlo, seleccionar los elementos que van a configurarlo, trazarse un plan y rodearlo de unas circunstancias; acotarlo dentro de un espacio y de un tiempo y proveerlo de un entorno y un clima y un ambiente. Y de este proceso ha de quedar, quiérase o no se quiera, algún rastro.

Miró en derredor por si en algún momento se había quedado traspuesta abandonada allí, en aquella butaca ya por negligencia o por descuido ya en un arrebato de desesperación — no de ella, quede claro —; compelida irreflexivamente o con manifiesta mala idea a pensar en algo que le había sido entregado, se le antojó fantasear, por un mensajero que tras llamar al timbre con su casco de motorista al codo le tendió un sobre poco voluminoso declarando, con ese derroche de vitalidad y aire apresurado característico de los mensajeros, aquí están sus cosas firme por favor aquí.

Y firmó.

Pero sólo encontró cajones cerrados, sin llave, que abrió esperanzada pero volvió a cerrar, con desaliento; tan llenos tan hasta arriba que por dónde empezar. Musitando vidas truncadas, seguro, como las mías.

Y que si no, al tiempo.

En el dormitorio demoró el mirarse al espejo por temor a que el no sorprenderse de sí misma le causara la familiar sensación de extrañeza que la sumiría, como se había convertido en querencia, en un mar de dudas agitadas, oscuras y rugientes, que acostumbraba imaginar estrellándose contra las lunas del armario, embravecidas, devolviendo o incluso vomitando una imagen ni más inadecuada ni más propia que cualquier otra para el fin que a alguien, en algún lugar, se le resistía una vez tras otra.

—Estoy harta — informó, a quien correspondiese, con la mirada en los dibujos de la alfombra — de no llegar jamás al final de algún camino.

Y se sintió rota en tantos trozos tan perdidos como los tiempos de todas sus vidas; mareada y con deseos de acostarse, así, sin ni quitarse la ropa que tenía puesta, ni cenar ni repasar las luces o si la puerta estaba bien cerrada, y dormir, mucho, todo lo que quisiera cuando qué ni quién podría impedirlo cuando nada ni nadie la apremiaba.

Pero, no. No se podía meter en la cama y hacerse un ovillo. Sería una irresponsabilidad de la que era muy poco probable que nadie viniese a pedirle explicaciones, eso ya lo sabía, pero temió, o tal vez nada más se hizo la ilusión de temer — sin querer pararse a considerar allí, sentada con las manos cruzadas sobre el regazo en la esquina de la cama, la distancia que mediaba aquí entre lo uno y lo otro —, que el solo hecho de pensar en cometerla la hiciera sentir una culpabilidad de la que ignoraba de qué manera acertaría a liberarse de una forma nueva.

Así que decidió no pensarlo bajo el pretexto, sensato por otra parte, de que no se conocía lo suficientemente bien para correr el riesgo.

—Bueno — se dijo —, pues si no vas a cometerla, espabila.

O sí se conocía pero desconfiaba. A su manera.

Había desperdiciado un número indeterminado de esfuerzos intentando desconfiar igual que todo el mundo antes de convencerse de que, a la vista de tanto fracaso, parecía evidente que estaba condenada le agradara o no a desconfiar de una forma un tanto atípica... sí, puede, pero no menos fiable, a fin de cuentas y decidida a superar el golpe, que cualquiera de tantísimas otras con las que no acertó a identificarse ni aprendió a dominar a la hora de no dejarse seducir por unas apariencias que desaparecerían, se esfumarían sin haber tenido siquiera tiempo de encariñarse, siempre poco, con ellas.

Y recordaría, luego, si las cosas no se complicaban de forma que la vida se volviera tan intensa que sólo cupiese vivir el presente, al hilo y al momento y sin tiempo siquiera de echar la vista atrás un instante apenas, que, contemplando el sobre cerrado, al descruzar las manos se vio de refilón los dedos y, el meñique de la mano derecha sobre todo, le recordó a los niños.

¿Pero qué sucedería si se complicaban?

Pues que no recordaría, está bien claro.

—Eso se dice muy pronto — hubiese dicho; pero como no había quien la escuchase nada más lo pensó.

Y, como *nada más pensado*, lo anotó en el margen, con letra pequeña y a lápiz, para poder borrarlo.

De todos modos y aunque pudiese parecer una niñería, si hubiera ante quién elevar la correspondiente súplica ella rellenaría con letra grande y clara el formulario pertinente solicitando conservar estas manos; pensó... «Y si cuela, cuela».

Y, si le cupiera, en ese espacio tan pequeño destinado a observaciones esgrimiría argumentos tales como que pobrecitos, necesitaban una madre como Dios manda porque... «Yo... ¿Qué edad deberé de tener ya?»

Y tras unos cálculos bisbiseados con los dedos la anotó, de nuevo al margen, en letra otra vez pequeña y a lápiz por si había cometido algún error.

Bueno. Ahora se tenía que vestir y arreglar. Había dicho voy para allá y ella era una mujer de palabra; o quería serlo, al menos, tanto como por la primavera pasada había querido ser una ex-sindicalista comprometida con la causa obrera transformada, sin solución de continuidad pero con muy buena predisposición a amoldarse, en empresaria agresiva y dinámica, bastante cabrona, que pudiendo haber llegado a la cumbre se quedó en la cuneta, arrumbada, sin haber siquiera visto palidecer su estrella o, no podía precisar exactamente cuándo, una monja ursulina del Sagrado Corazón de Jesús Agonizante con prácticamente ninguna vocación pero obligada por un cúmulo de circunstancias harto abstrusas que ella encajó con entusiasmo y encomiable espíritu

contemplativo pese a estar traídas muy, pero que muy por los pelos, a renunciar a...

– ¿A qué tenía que renunciar aquella chica tan mona?

Pero como aunque sus afanes no se vieran coronados por el éxito tampoco padecieron la amargura del desastre ultimado, rotundo, llevado a sus consecuencias más extremas con perseverancia y sangre fría y buen hacer sino que lo que determinó en ambas ocasiones su destino fue la veleidad o la falta de arrojo de quién tantas veces la relegase al olvido antes de concluir ella la misión para la que fue creada, no se arrogaba el mérito pero tampoco se responsabilizaba del fiasco y proseguía, impávida, aguardando su momento de gloria.

¿Sería hoy?

– ¡Te juro que ni idea!

De cualquier modo se iba a comportar igual que si fuera a serlo; que es lo que había hecho siempre, poniendo toda la carne en el asador y aplicando todo su brío a tareas tan poco apasionantes como el permanecer ociosa, tardes enteras, arrancándose un granito o un pelo de una ceja y contemplando, apática, el rodar de los coches por el escaléxtric.

¿A qué, a qué?

– Así que... ¡hala!

– ¿No era increíble, habiéndolo vivido en sus propias carnes virginales?

Y que iba a ver cómo en cuanto arrancase «te animas» se acordaba.

Y ahí estaba, arremangada, presta a meter las manos hasta el codo en la apasionante empresa de animarse.

Al ponerse en pie se encaró con el espejo de la puerta del armario y, aunque la abrió con decisión y el movimiento fue rápido, tuvo tiempo según la deslizaba de acertar a sospecharse. O de verse, por error quizás, pero claramente y sin ambages; tal cual era y frente a frente.

¿A qué?

Hubiera debido sentir uno de esos malestares tan enormes que la obligan a una a, con lo primero que pilla, darse

un poco de aire. Pero lo que tenía más a mano era el sobre, con sus cosas; y si con el pretexto de utilizarlo de abanico lo tocaba correría el peligro, se temía, de «anda, pues oye, mira: lo abro en un momentito y... »; y si lo abría le pasaría lo que a tantos incautos que, desde que el mundo era mundo, se habían llevado unos disgustos horrorosos sólo por quererse conocer con tanta prisa.

¿A qué?

De cualquier modo se podía ir tranquilizando porque la habitual sensación extraña que invariablemente le causaba el no sorprenderse de sí misma, hoy, sin saber por qué, no se había producido.

Le pareció tan extraño que pensó si esperar unos minutos por si se trataba de algún desajuste, algún problemilla de sincronización; pero se le estaba haciendo decididamente tarde y optó por tirar para adelante aunque fuese sin el inveterado temor que, no atenazándola, le dejó un desagradable vacío en la boca del estómago.

Debía de ser, por pura lógica, a algo que supusiera una pérdida terriblemente dolorosa; o por qué, si no, aquellos grandes ojos, tan tristes, en aquella cara pálida, blanca como la cera enmarcada por las sobrecogedoras tocas negras.

-Volverás pronto — auguró. Y como para sí, pasándose la mano por el pelo —: Esta ausencia no puede durar mucho.

En las perchas estaban sus vestidos y, en cajas alineadas, los zapatos que hacía siglos que ya no se ponía; con los letreros que antaño les pusiera, «rojos tacón», «sport beige», «ante negros».

¿Y las sandalias negras de tacón de aguja?

Pensando, un poco.

Porque pensando un poco se termina, ¡seguro!, recordando a qué tiene que renunciar en una situación tan dramática una mujer tan hermosa y tan joven como...

Pero, y si no era verano, ¿qué?

Y con tantas pistas, además.

Ella tenía más bien calor, desde luego, pero podía ser un calor anticuado, de antes, de alguna vez en que bajo los efectos de un golpe de frivolidad fuera de vacaciones a algún exótico paraje tropical del que no conservaba ni rastro de memoria; tenía sí una remota noción de que estaba empezando a llover, aunque dudó entre tomarla en cuenta o sospechar que se lo había dicho para que se desanimara y no fuese.

–Pues me vas a oír — le dijo.

–Puede estar actuando igual que tú: obedeciendo órdenes — se dijo, revisando las prendas.

– ¿De quién?

De un padre adusto; y como por entonces las madres no pintaban nada...

– ¡Pero si hace siempre lo que le da la gana!

–No digas tonterías. Ni siquiera le conoces; y por no saber: ni cómo se llama.

–Pues también es verdad — buscando ahora en las cajas.

Aunque tenía que saberlo, y lo sabría. Ella misma lo había pronunciado pero debió de suponer que no estaban ahí, aquí, allí, para quedarse y no se tomó la molestia de retenerlo cuando quién iba a pensar ni a contar con...

Anda que... ¡vaya desorden!

Levantando ahora esta tapa, luego aquella, hurgando, rebuscando, atando cabos...

–Y yo que sé; si conmigo nadie cuenta.

¿Para qué tanto letrado si a la hora de echar mano están todos cambiados?

–Ni me piensa nadie.

Pero no escarmentará. Es una manía, una costumbre tonta, muy arraigada...

– ¡Ya lo tengo! — alborozada.

Como loca de repente de contenta —: ¡Mira; ahí estaban!

– ¿No era maravilloso ¡“A los placeres del mundo” y a qué otra cosa podía ser so tonta!?

Abrazada con el corazón palpitante a la caja de sus sandalias de tacón tan bonitas...

Mas...Oh desilusión que al destaparla lo que encuentra...

– ¡No puede ser!

Mesándose los cabellos olvidada en un raptó de auténtica desesperación de sus tocas monjiles a la vista de que lo que la nefasta caja contiene no es otra cosa que los ominosos botines, con su abominable suela de crepé y sus cordones, espantosos, de tan infausto recuerdo de aquellos días de invierno, aciagos, en que ella “así, sin más ni más y no teniendo más opción que obedecer” era una vieja reumática y artrítica; “en la flor de la vida”.

– Bueno; no importa. Es igual.

Porque —: ¿Se ha enterado alguien, de algo?

Inmóvil, petrificada ahora con los ojos espantados preguntándose si debería mirar por todas partes; detrás de las cortinas y en el armario y debajo de la cama... que es ridículo, y lo sabe, ¿pero qué no cabrá a una mujer experimentada como ella, que ha pasado por tantísimas vicisitudes y se ha visto innumerables veces al borde del precipicio o del desastre, sospechar de alguien que es capaz

– Y lo has hecho sin pestañear ni sonrojarte — en voz alta.

» de colocar en semejante aprieto al primer inocente ladrón que “se te tercia” e, incluso, a un intrépido amante?

No. Nadie ha visto nada.

— Y, si nadie los ha visto y no puede decir «pues sí, yo estuve ahí y eran así y asá y estaban de tal o cual manera detrás o encima o debajo de...» — alzando con resolución la cabeza — es, a todos los efectos, como si no hubieran existido nunca.

O, si no, que se lo preguntasen a ella.

— ¡Y que se fastidien!

El monedero sí, — arrinconando rencorosa la caja «anda y que te zurzan» detrás del cesto, hasta arribita, de la plancha — una vez hacía mucho, pero en el autobús y con poco

dinero. Un día que venía de acompañar a su prima al hospital con un cólico nefrítico... o suponía que era nefrítico, aunque que sabía ella, que no estaba al tanto de los síntomas de casi ninguna dolencia.

— ¿Y qué hiciste tú más que quedarte ahí, pasmado, irresoluto, mano sobre mano?

Porque la suerte, que «lo sepas, ¡so inútil!» lo supiera “alguien”, pasa una vez en la vida por al lado de uno; y hay que saber aprovecharla.

Y eso que montó un buen escándalo llamando “chorizos” a voz en cuello a todos los viajeros.

— Muerta de vergüenza por llamar tu atención.

Pero a “alguien” se le ocurrió que no merecía la pena arremangarse y poner manos a la obra para, total, una situación tan poquito dramática.

El cólico resultó sí no ser nefrítico, gracias a Dios; pero no «mezclemos las cosas porque esa no es la cuestión que estamos tratando. Ni asunto tuyo».

Ni suyo, considerado en términos del todo objetivos — se amonesta —, el entrar a enjuiciar cierto pretencioso “adujo”...

—“Adujo la mujer”— arrugando la nariz, despectiva; encarada al espejo despreocupada, desasida, de que el sorprenderse o no la suma en dudas — ¿Pero cuándo has visto tú, ni dónde, que una pobre ignorante que sólo sabe mirar esos seriales, con la boca abierta, aduzca nada?

Ella, desde luego, no lo haría «pero es que yo tengo para bien o para mal conciencia de clase y he sabido, de siempre, qué corresponde o no a mi estatus».

Vamos que no se ve, en una palabra, frente al carnicero aduciendo que quiere los filetes tiernos porque son para... ¿es que no va a ocurrírsele nada?... Un ancianito con dentadura postiza; de las de por la noche en el vaso.

—Y ahora, discúlpame pero voy a pintarme las uñas; que tengo una cita y se me va a hacer tarde.

O quizás mejor no.

Ella siempre ha querido ser una de esas mujeres que, sin ir impecables ni poder llamarlas propiamente guapas, desprenden encanto. No sabe en qué radica, pero lo desprenden. Y eso a ella le encanta.

Claro que, este... ¿cómo «te llamas»?; bueno, ya se le vendrá a la cabeza cuando menos lo piense, parece un marido que no va a dejarse a estas alturas deslumbrar. Además.

Lo que sí se pondrá es alguna de las sortijas que deben de andar rodando por algún cajón, con las pilas de la radio agotadas y un termómetro, para celebrar que ya no tiene aquellos nudillos tan feos.

— Anda, bueno, mira — termina decidiendo en un repente —: déjate de preparativos y échate un abrigo por los hombros y sal por la puerta; que ya verás como esto se queda, como todo, en agua de borrajas.

Pero, al espejo, que se sentara un poco por lo menos el pelo y se pintase los labios.

Y «hala: tira».

— ¿Hacia dónde?

Tú, por lo pronto, anda.

Ya, pero, y...

— ¡Maravilloso... que no aparezcan las jodidas llaves del demonio!

Que son situaciones, no lo puede remediar, que la irritan porque lo menos, lo más bajas que le parece honroso colocar las cotas de su dignidad, es justo por encima aunque sea solamente raspando del listón de su inteligencia media; y ella sabe, sin necesidad de estirarse hasta su inteligencia alta, que las jodidas llaves están puestas, en la cerradura, en la puerta.

¿Tiene que hacerse la tonta, simular que no las ve y ponerse a dar vueltas por la casa revolviendo cajones? Puede hacerlo, sí; y por no traicionar sus principios dará vueltas y se volverá loca buscando y, al final, encontrará una razón de peso para que a ella, dócil como una cordera, la humille no sabe quién de un modo tan inhumano.

¿Por qué tienen que pasarle estas, precisamente estas cosas, exactamente a ella y no a cualquier otra criatura ansiosa de emociones y de situaciones nuevas e inesperadas de las que poder extraer una sabiduría que le servirá — a la criatura, ha de entenderse — de experiencia y punto de apoyo para, en lo sucesivo, arrostrar su vida con una entereza y una presencia de ánimo del todo superfluas para ella que es pura fragmentación y, en lo referente a la presencia, no le consta aunque le cueste admitirlo y en el fondo de su atribulado corazón le duela, que haya sido requerida en algún lugar de este mundo?

¿Cómo que no, tontuela, si has quedado?

O que a ver si es que ya no se acuerda...

Acordarse de qué, se pregunta, si ha llegado a su presente existir no hará mucho más del cuarto de hora que le ha llevado el, ágil como una gacela, saltar de la cama y tomarse un café, tan reconfortante y... con su nubecita de leche como «a mí me gusta».

Es lo que tiene — considera encendiendo medio absorta el primer cigarrillo de la mañana — el ser un ser polivalente y llevar una vida no dirá “doble”, que se le antoja un término demasiado pretencioso, pero sí “múltiple”.

Y sueña una vez más que coloca, con el último sorbo de café ya un poco frío porque como siempre se le ha vuelto a ir el santo a un cielo que ahora cuando suba las persianas ya verá si es azul, redondito y en línea con el texto un punto que le gustaría llamar final; y pasar página.

Dejar estas trece que lleva, así, tal como están, sin añadir ni quitar ni poner ni repasar ni revisar ni corregir ni lamentar y darse media vuelta y olvidar; olvidar y volver a nacer como si estuviera saliendo de nuevo del vientre nuevo de una ballena nueva como el viejo Jonás vomitada, arrojada tan lejos de todos los mundos conocidos por todos sus desconocidos de este mundo que nadie, nunca, la pueda volver a encontrar ni igual ni diferente a como dicen estar hallándola cuando, cuando la ven, le dicen por ti no pasa el tiempo o te veo

muy bien o muy mal y empezar otra, en blanco, inmaculado, en el que dar a ciegas casi siempre casi nunca en el centro de un algo que dudará, sospecha, cuando lo esté teniendo en frente, estar sabiendo o no identificar, reconocer como el objetivo último, sereno y ponderado, que todo su ser desea alcanzar para, también como siempre y bien despierta, volverse a exceder..

- ¡Maldita sea!

Y, que me resultó muy desconcertante, con la misma mala letra de niña pequeña.